

PCH S 363

2B;(2-24)

BIBLIOTECA NACIONAL



1466885

P. J. 536329



2(176-68)

EL ECO

DE LA LIGA DE DAMAS CHILE

Dios, Patria y Familia

Jueves 1.^o de Agosto de 1912

Un solo corazón

DIRECCION: CASILLA 396.—SANTIAGO DE CHILE

Nuestra Liga

¡Alegrémonos, señoritas y compañeras! Tenemos ya entre nosotras una fuerza, un poder: nos hallamos unidas en gran número en una Liga santa, en una cruzada grande y necesaria.

Se trata de defender nuestros derechos, que no son otros que los de la decencia y la virtud. Se trata de defender a nuestros hijos, a nuestra sociedad, al mundo entero. Porque esta obra es grande, es ambiciosa, ella no tiene límites.

La defensa moral sostenida por las mujeres nobles y desinteresadas se está haciendo necesaria y universal; nosotras no hacemos más que imitar y seguir a nuestras valientes hermanas del Uruguay, de la Argentina, del Brasil, de España, de Bélgica, de Francia y Alemania.

La obra urge; el mal se precipita con corriente devastadora, pongamos un atajo; una nada puede, muchas lo pueden todo. Y esta es la Liga: *Liga de resistencia a lo innoble, a lo inmoral.*

No está acaso en estos tiempos, la fuerza en la colectividad? No se unen los hombres para el trabajo, para el éxito de sus intereses y de sus ideas? Oímos hablar de asociaciones y de sindicatos, y nosotras también queremos asociarnos, pero asociarnos para el bien: no para destruir, para desmoronar, sino para conservar y para defender lo más sagrado que tenemos después de nuestra fe: la honra y la integridad de nuestro hogar.

Esta corriente desmoralizadora salida desde los centros mismos de una civilización que ya degenera, viene llegando hasta nosotros, y se presenta en forma de libros, publicaciones y espectáculos que ofenden nuestra vista y hieren en lo más sensible nuestra delicadeza y nuestro honor.

En nosotras está el sujetarlo.

Formemos sólidamente nuestra Liga; estemos convencidas, seamos valientes y constantes y nada nos resistirá.

Vamos a la lucha como en otro tiempo los defensores de la cristiandad, al grito de *Dios lo quiere*, confiemos en El que es fortaleza de los débiles y protector de los que en su nombre trabajan: confiemos en nuestra unión que nos hará fuertes y nos dará la victoria.

Lo que hará la Liga

En vista de la apremiante necesidad de sujetar el desborde de la inmoralidad en los teatros, la Liga de señoritas tomará como primer trabajo el combatir con todas las fuerzas de que pueda contar ese lamentable y pernicioso exceso.

Será pues, *Liga contra la licencia teatral*, y su objeto tratar de mejorar en lo posible las representaciones de espectáculos que tienden a prostituir el arte y la belleza, haciéndolos degenerar en una manifestación desvergonzada del vicio y del impudor.

Sus medios serán los siguientes: unir entre sí a todas las señoritas que forman la sociedad chilena, comprometiéndolas a tomar parte decidida en esta campaña y a contribuir a su éxito, sometiéndose sincera y generosamente al dictamen del jurado de censura de la Liga contra la licencia teatral.

Este jurado será compuesto de señoritas distinguidas por su ilustración y buen sentido, apoyadas por otros tantos caballeros de los más prestigiosos de nuestra sociedad.

Este grupo de personas respetables se informarán de las piezas que se van a representar, deliberarán sobre ellas, y después de una decisión concienzuda pero de criterio amplio y benévolo calificarán la obra en tres distintas categorías: *buenas, regular, inconveniente*.

Al calificar una pieza de *inconveniente*, se entiende que a esa pieza debe abstenerse de asistir toda persona adherente a la Liga, dejando, si es posible, un vacío elocuente en el teatro, que obligue al director o empresario a no repetir la impronta representación.

Si es *regular* la denominación, se comprenderá que no siendo la pieza francamente mala, queda confiado al criterio y a la conciencia de las asociadas el asistir o abstenerse de la tal función.

En esta categoría se encontrarán las piezas que sin ser rechazables, no son sin embargo propias para niñas jóvenes.

En fin, al decir *buenas* se recomienda a las adherentes la asistencia, y aún se desea de veras un teatro lleno, para alentar a artistas empresarios y autores a que vuelvan, con su arte y profesión, a mejor camino y mejor gusto.

Los avisos de censura los dará la junta directiva en los tres diarios principales de la capital.

Esta es la forma en que, siguiendo el preceder de las Damas Católicas del Uruguay en su obra de la censura teatral, se ha dado cuerpo en Chile a esta Liga femenina.

El espíritu es la unión sólida y compacta de todos sus miembros, la sumisión a las decisiones del directorio; y ¿por qué no decirlo? la abnegación y a veces el sacrificio.

Bien lo sabemos nosotras las mujeres que nada de grande ni de bueno se ha hecho sin estas dos últimas condiciones.

¡Ámico, pues, queridas compañeras! penetrémonos bien de la importancia de la obra; tomémos a cada una de nosotras como cosa propia; demos, juntito con nuestra firma, toda nuestra voluntad; no nos contentemos con ser miembros pasivos de la Liga moralizadora, pongamos nuestra actividad y nuestra energía en ayudarla, en defenderla y en cooperar con todos nuestros medios, para darle vida, éxito y utilidad.

La voz de la Liga

Esta hojita que bajo el título de *Eco de la Liga de las señoritas chilenas*, se os presenta hoy por vez primera, será el lazo de unión entre nosotras; por conducto de ella comunicaremos nuestros pensamientos y nuestras aspiraciones.

También ella os pertenece a todas vosotras; mandadle vuestras ideas, artículos, noticias, preguntas, avisos, quejas y advertencias, lo que queráis, ella es el órgano de vuestra Liga y se sostendrá con vuestra simpatía y vuestro interés.

¡Unión, pues, y benevolencia, que Dios mediante todo marchará bien!

Liga de Damas Católicas del Uruguay

LO QUE ES... Y LO QUE QUIERE...

Para dar a nuestras lectoras una idea de lo que es esa Liga modelo, vamos a reproducir un artículo del *Eco de la Liga*, que redactan las señoritas del Uruguay.

Dice el periódico: «Nacida de la indignación general, por los inmerecidos ultrajes a Cristo y a la Iglesia, la Liga de Damas Católicas del Uruguay quiere protestar contra la injusticia, reaccionar contra la indiferencia, proteger el alma del pueblo y el alma del niño, y trabajar por todos los medios de acción al alcance de la mujer, en defensa de la Fe y de la Libertad.

La Liga quiere una patria cristiana; por tanto, a pesar de las persecuciones, prosigue su obra buscando:

Esclarecer los espíritus;
prestar servicios

Esclarecer por medio de la difusión de la buena prensa.

Prestar servicios, por medio de la creación o el desarrollo de instituciones sociales.

La Liga establece un lazo entre sus adherentes por medio de la cotización, lazo que une indistintamente en el sacrificio a ricos y pobres, confundiéndolos a todos en un mismo arranque de generosidad.

Pero la Liga no limita la cooperación de sus miembros al reclutamiento de adherentes o la organización de Comités. Nó: al lado de la obra exterior está la obra propiamente dicha apostólica.

Es el trabajo diario y personal de cada una en el círculo estrecho de la familia, de las relaciones o del taller; es el acercamiento de los espíritus y de los corazones a fin de rehacer a su alrededor el espíritu cristiano, el espíritu generoso y leal de otros tiempos. Una adherente debe ser apóstol.

En esta obra tan grande tenemos todos y todas nuestro lugar señalado. Lo que es indispensible es que obremos en comunión con nuestros jefes; es que cada una en su esfera, cumplamos nuestro deber. Ahora bien, el primero de nuestros deberes es interrogarnos a nosotras mismas y ver si no podríamos ser mejores, mejores patriotas, mejores cristianas; más instruidas, más firmes, más caritativas, más abnegadas por la causa que queremos defender.

Y después de habernos interrogado, lo que nos quedará por hacer será irradiar sobre los demás esa bondad, esa energía, esa abnegación, esa caridad.

Dar el ejemplo es ya una irradiación, pero eso no basta. La más humilde de nosotras puede aíun algo más; puede tender la mano, decir una palabra de consuelo, dar algo de los tesoros de su corazón, tener la industria de la caridad.

La caridad de Jesús se extiende a todos. El Salvador tuvo piedad de los infortunios físicos y de los infortunios morales, de las almas puras y de las almas mancilladas, de los sufriamientos del cuerpo, de la inteligencia y del corazón. Su ejemplo nos incita a socorrer todas las miserias del prójimo, a prestar servicios a todos con la mayor amplitud de miras, mucho tacto y mucha generosidad; no solo la generosidad que abre la bolsa, sino, sobre todo, aquella que abre el corazón. Cada una de nosotras hallará en sí misma el modo de ayudar a los

que nos rodea y si siente la necesidad de un apoyo, de un consejo, ahí están nuestros Comités a sostenernos, aconsejarnos y guiarlos.

La Liga de Damas Católicas del Uruguay quiere restablecer el contacto entre las diferentes clases; quiere enseñar a los felices de este mundo el *deber* de ser útiles, quiere extender los rayos de su benéfica influencia no solamente sobre las grandes ciudades, sino también sobre los pueblos pequeños y hasta los mas lejanos núcleos de población.

Ella quiere, finalmente, unir todas las abnegaciones, todas las opiniones, todas las clases, para devolver al reino de Dios, a la Patria y a la Libertad al Uruguay.

Así se expresan esas valientes y piadosas mujeres que, en medio de luchas políticas y persecuciones religiosas, supieron establecer esa fuerza moral de la unión en el trabajo y en el sacrificio. Nosotras, a Dios gracias, gozamos de libertad y de paz; no tenemos, por ahora, que defender nuestra fe; pondremos, pues, todos nuestros esfuerzos en la obra moralizadora de las costumbres, prontas, sin embargo y en la brecha, para sostener los combates que sean necesarios en honra de Dios y de la virtud.

La primera reunión

El Miércoles 10 de Julio tuvo lugar la primera reunión para establecer la «Liga de Señoras Chilenas contra la Licencia Teatral».

Asistieron a esta reunión las señoras Amalia E. de Subercaseaux, Juana Ossa de Valdés, Ana Ortízar de Valdés, Virginia Stevenson de Silva, Elena Calvo de Bulnes, Ana Besa de Quesney, Rosa Puelma de Rodríguez, María Besa de Díaz, Sofía Linares de Walker, Amelia Echazarreta de Errázuriz, Adela Edwards de Salas, Sara Campino de Morandé, Marta Aldunate de Subercaseaux, Rosa Figueroa de Echeverría, Lucía Solar de Fernández, Leticia Alfonso de Valdés, Juana Solar de Domínguez, M. Mercedes Vial de Ugarte, Elena Correa de Roberts, M. Carmela Blanco de Vergara, M. Luisa Mac Clure de Edwards, Teresa Ortúzar de Castro, Rita Larraín de Ortúzar, Concepción Valdés de Marchant, M. Teresa Ortúzar de Valdés.

Y los señores Ramón Subercaseaux, Ismael Valdés Vergara, Antonio Huneeus y Francisco Concha Castillo.

Se procedió a la votación, cuyo resultado fué el siguiente.

Para presidenta de la Liga: 21 votos por la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux, 2 votos por Adela Edwards de Salas, 1 voto por Elena Calvo de Bulnes, quedando elegida la señora Errázuriz de Subercaseaux.

Fueron elegidas, por unanimidad, para formar el comité de censura las señoras Ana Ortúzar de Valdés, Sofía Linares de Walker, Elena Calvo de Bulnes y Rosa Puelma de Rodríguez, y los señores Ramón Subercaseaux, Ismael Valdés Vergara, Antonio Huneeus y Francisco Concha Castillo; y para secretarias las señoras Amelia Fernández de Undurraga, Adela Edwards de Salas y Rosa Figueroa de Echeverría.

Se dió cuenta de que han firmado la «Liga contra la Licencia Teatral» cuatrocienas señoras de lo más distinguido de Santiago y de que en todas partes, con muy pocas excepciones, ha sido recibida con entusiasmo, habiéndose negado a firmar únicamente diecisiete señoras. El resultado no puede ser mas halagador.

Las señoras que han firmado La Liga se comprometen a no asistir al teatro cuando el comité de censura declare la pieza inconveniente, para producir el vacío y obligar a los empresarios a que no den espectáculos que ataque la moral.

La Liga de Chile se establece en la misma forma que la del Uruguay y a imitación de aquella, aceptando el índice de las obras clasificadas en aquel país.

El comité de censura se reunirá con el ob-

jeto de clasificar las obras que no lo hayan sido anteriormente.

El comité procederá con un criterio muy amplio, dentro de los límites de la moralidad.

Se avisará por el diario la calificación que se haga de las obras que se ponen en escena.

Hicieron uso de la palabra los señores Ramón Subercaseaux, Ismael Valdés Vergara y Antonio Huneeus, hablando de la importancia de La Liga y del rol que estaba llamada a desempeñar por la influencia social que pueden tener las representaciones en que el vicio se presenta bajo formas agradables, corrompiendo por este medio las sanas costumbres de nuestra sociedad.

Al poner atajo tan a tiempo a este mal es indudable que la nuestra es una gran obra y que no es raro este movimiento de protesta de las señoras de Santiago, sino por el contrario natural; extraño es que no se haya verificado antes. Las señoras allí presentes garantizaban el éxito de La Liga.

Se dió por terminada la reunión, quedando los asistentes de acuerdo en los puntos ya expresados.



Visitas

Luego que quedó compuesto el comité directivo de la Liga, las señoras presidenta y secretaria hicieron una visita a la señora doña Mercedes Valdés de Barros Luco, para darle las gracias por su bondad en autorizar a las organizadoras de la obra para que su nombre encabezara la lista de firmantes a la «Liga contra la Licencia Teatral» y por la simpatía que ella ha manifestado a nuestra obra. El nombre de la señora más altamente colocada en el país será una garantía para nosotras y probará que ésta no es obra de partido, si no de moralidad general para el bien de la familia y de la sociedad.

Las mismas señoras fueron recibidas en audiencia por el Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Santiago. Su Señoría, don José Ignacio González, se mostró satisfecho del trabajo que las señoras emprendían a favor del saneamiento de los espectáculos públicos y dió su entera aprobación a la nueva Liga.

El Excelentísimo Señor Internuncio se ha manifestado sumamente complacido con esta asociación y, dándole estímulo con una bendición especial, concede a cada una de las personas que formen parte de ella una indulgencia plenaria.

Esto debe alentarnos grandemente considerando que la persona respetabilísima del Señor Internuncio, Monseñor Sibilia, representa a nuestro querido Pontífice Pío X.



La gran asamblea del 25

Segura y rápida ha sido nuestra jornada. Las que hemos visto el principio de nuestra obra, celebramos que la lucha no haya sido estéril, cuando vemos que estos sacrificios son coronados con tanto éxito como el que hemos presenciado las asistentes a la primera reunión de «La Liga». La sala de «El Mercurio» parecía una ola humana en que todas se movían a impulsos de un solo sentimiento: el de autorizar con su presencia y ayudar en esta campaña moralizadora.

Al principio todas, casi, desconfiaban de su realización, excepto las que sabíamos como había nacido tan espontáneamente entre varias señoras, sin haberse siquiera comunicado su modo de pensar. Buscaban algunas de ellas desde largo tiempo una persona que pudiera llevar a cabo la obra sin fijarse en ninguna determinada, cuando apareció en la Revista Católica un artículo proponiendo la idea, a las señoras de Santiago.

Este artículo había sido escrito después de una conversación entre amigas.

Al leer las señoras aquí ese primer artículo buscaron a su autora y le refirieron como ese mismo día habían estado tratando de llevar a cabo «La censura de la licencia teatral en Chile» cuando llegando a sus casas abrieron la Revista y vieron que lo que estaba escrito allí era de acuerdo con sus ideas.

Al ver que todas habían tenido un mismo pensamiento, no dudaron por un momento de que era inspiración y al grito de «Dios lo quiere» marcharon todas unidas sin vacilar ni mirar atrás. Hubo lucha, ninguna obra que está llamada a producir grandes bienes dejó de tener grandes batallas. Momentos hubo en que creyeron muchas que todo concluía; pero miraban hacia arriba y encontraban tan pequeños los escollos comparados con los grandes resultados que esta obra produciría en la sociedad y seguían, insensibles a los ataques que llevaban en los periódicos. Tan insensibles estaban, que estos ataques lejos de hacerlas desmayar las estimulaba para seguir adelante con nuevos brios. Cartas de caballeros disfrazados de señoras nos atacaban; pero estaba tan mal hecho su papel que revelaban en el acto su procedencia masculina. Se hacia que sentían que la mujer tan sumisa habría levantado su voz para hacerse escuchar, y comprendían que la campaña tendría influencia pues conocían demasiado bien el corazón de la mujer chilena, tan noble y levantado, que al primer grito de alarma dado por unas, sería eco que repercutiría en todas. Se habían acostumbrado a hacernos *bibelots* o muñecas de cuerda de salón, que debíamos contestar, si o no según el corón que ellos quisieran tirar.

Se alarman al ver que las muñecas, aquellas que ellos creían sin voluntad ni criterio propio van a dejar de ser automáticas y van a hablar a impulsos de *Otro* que tiene derecho primero y por sobre ellos.

Alarmas bien infundadas, por cierto, puesto que lo que van a hacer aquellas es reinar donde les corresponde; en las salas de los teatros, y que esos que ellos creen que es usurpar sus derechos va directamente en provecho de ellos mismos. Si una epidemia cualquiera invadiera nuestra ciudad diezmado sus habitantes y haciendo principalmente sus víctimas de la juventud y la inocencia encontrarían impropio que se unieran todas las madres y estudiaran la manera de defender a los suyos... Mucho más grave que las grandes epidemias que azotan la humanidad, aunque menos palpable para muchas, es este mal moral se va infiltrando en las almas de nuestra juventud desmoronando poco a poco toda la base sólida de moralidad sobre la cual debe descansar toda familia cristianamente constituida.

Es esto únicamente lo que nos hemos propuesto las de «La Liga»: unir todas las voluntades para afianzar la estabilidad del hogar.

La obra es grande y este primer movimiento puede ser la base para muchas obras que están llamadas a producir grandes bienes.

Adelante pues, aunque tropiecemos con dificultades. No dudamos que cada una de las señoras que han firmado seguirán el camino trazado por el deber y se sentirán orgullosas de formar parte y cooperar a una idea que ha nacido de la mujer, que le es propia y que tanta trascendencia puede tener en lo futuro.



Ecos de la gran asamblea

Los tres eminentes oradores que nos han dirigido su palabra autorizada nos han tratado de cristianas. Felicitemoslos! Ese es el primero y el mejor de nuestros títulos; no lo olvidemos.

Como lo dice nuestro lema, serviremos a *Dios* como cristianas, a la *Patria* como chilenas, a la *Familia*, como hijas, esposas y madres.

Lejos de nosotras el feminismo moderno que aleja a la mujer del hogar y del deber y que la convierte en un ser ridículo como la sufragista

inglesa deshonra y desprecio de nuestro sexo.

No, nosotras con el favor de Dios trabajaremos dentro de nuestra propia esfera y de nuestros deberes sagrados, sometidas a toda autoridad y dejándonos dirigir y aconsejar por los que Dios ha puesto sobre nosotras. Todo en el orden y en el respeto, en la paz y la tranquilidad.

Los señores oradores nos proponen un amplio campo de acción. Nos sugieren la idea de que con nuestra influencia y nuestras fuerzas unidas lleguemos a combatir otros males sociales que destruyen el bienestar y la vitalidad en nuestro pueblo y que van ganando hasta las capas altas de nuestra sociedad. Nos proponen también que pongamos diques con nuestros ejemplos a otra plaga la del lujo excesivo y de la vanidosa ostentación.

Razón tienen los caballeros que conocen el poder de nuestra voluntad, todo aquello y mucho más todavía está en los límites de nuestra acción. Estemos unidas, seamos sumisas y valientes, trabajemos por nuestro lema: Dios, Patria y Familia; no miremos las dificultades ni nos turbemos con las oposiciones y contrariedades. *Dios lo quiere*, adelante!

Con indecible satisfacción oímos a nuestro simpático conferencista poner delante de nosotras como primer ejemplo de madre, esposa e hija a la ideal figura de la Madre dulcísima, de la Virgen incomparable y celestial María. Aquella que hemos visto desde nuestra niñez vestida de blanco y azul y que más tarde, en horas de amargura, hemos contemplado con el corazón herido de siete dolorosísimas espadas.

Sí, Ella es nuestro modelo; humilde, modesta, sumisa y trabajadora. Pura, íntegra, como un rayo de sol, hermosa como ninguna, buena y divinamente poderosa.

Saludémosla en estas líneas del «Eco de la Liga de Señoras Chilenas» que desde su primera aparición quiere ponerse enteramente bajo su especial protección.



Pensamientos

¡Oh vosotros los que amáis a Dios! aborreced el mal.

Salmo 96,10

Si tu ojo te sirve de escándalo, sácale y échale de ti.

Ay del mundo por los escándalos. Porque necesario es que vengan escándalos: mas ay de aquel hombre por quien viene el escándalo.

Evangelio San Mateo 18,6

No te dejes vencer de lo malo, mas vence el mal con el bien.

San Pablo. Romanos 12,21



Telegrama recibido del Uruguay

Abrazo fraternal Comisión Censura chilena: felicitaciones fervientes. Saludos.—*Laura de Bastos.*



Avisos

Como se dice al Principio, se ruega a las señoras adherentes a la Liga que tomen como cosa propia esta pequeña y modesta publicación y se empeñen en mejorarla con su eficaz cooperación. Que manden pues sus ideas en artículos cortos y apropiados al objeto de nuestra asociación que, lo repetiremos, es el bien en general para nuestra familia y nuestra sociedad.

Las personas que dirijan sociedades piadosas y de beneficencia pueden aprochar esta hoja para dar a conocer sus obras y sus necesidades.

sidades. El ejemplo de sus trabajos y de sus éxitos nos servira de aliento y de estímulo en nuestras empresas.

Se recibirán también avisos y anuncios de sociedades y reuniones.

Mandarlo todo: Dirección del *Eco de la Liga*: Casilla 396. Santiago de Chile.

Como hay muchas señoras cuyas primas no ha habido tiempo de solicitar, las que deseen adherirse a *La Liga* o suscribirse al órgano que la representa pueden dar su nombre y dirección a la Casilla 396 o a casa de la señora Secretaria, Catedral 1294.

Los biógrafos Unión Central y Kinora han sometido sus películas a la Comisión de Censura Teatral de la Liga de Señoras; dentro de poco podremos responder a las familias y podrán ir con tranquilidad, eso sí que rogamos a las madres no lleven niños pequeños pues ningúno provecho sacan de estos espectáculos que excitan y dafian sus cerebros.

Advertimos a las adherentes a *La Lig* i que hemos recibido denuncias de que en el Teatro Palace de la galería Béecche se están dando con frecuencias piezas inconvenientes.



Precios de Suscripción

Para que el «Eco de la Liga de Señoras chilenas» pueda sostener y mejorarse tenemos que pedir a las señoras suscriptoras de este periódico la contribución de 2 pesos anuales.



Al señor Intendente de Santiago

Las señoras que presiden la Liga dirigieron una carta al señor Intendente don Pablo Urzúa pidiéndole su alta cooperación en la obra que han emprendido.

El señor Urzúa tuvo la cortesía de contestar lo siguiente:

Santiago, 19 de Julio de 1912.

Señoras Amalia E. de Subercaseaux, Elena Calvo de Búlnes, Ana Ortúzar de Valdes, Sofía L. de Walker Martínez y demás firmantes:

Presente.

Distinguidas señoras:

Con verdadero agrado me he impuesto de su atenta comunicación, en la que me manifiestan que las señoras de Santiago han echado las bases de la asociación llamada a velar por la moralidad de los espectáculos públicos y censurar aquellos que tengan un fondo inmoral.

Nada más grato para mí que ofrecer la cooperación más decidida que Uds. dignísimas señoras, solicitan en pro de esa campaña, llamada a concluir con representaciones teatrales y exhibiciones biográficas de dudosa moralidad.

Esta Intendencia se ha preocupado siempre de perseguir por todos los medios a su alcance esas diversas manifestaciones, que empresarios o comerciantes inescrupulosos ofrecen al público por vía de lucro.

Segura está esta Intendencia que la hermosa idea de Uds. ha de conquistarse el aplauso no sólo de las madres de familias, sino de la toda, que verá con satisfacción ver alegarse espectáculos, exhibiciones, ventas de folletos, más dignos de un pueblo en decadencia, que de nuestra culta capital.

Siempre recibiré con agrado toda idea o indicación que al particular me insinúen, a fin de atenderla debidamente.

Reiterando mis parabienes y aceptando cooperar en el buen éxito de su noble empresa, nie subscribo de Uds. distinguidas señoras atto. y S. S.—(Firmado).—P. URZÚA.



Discursos pronunciados

EN LA GRAN ASAMBLEA CON ASISTENCIA DE 450 SEÑORAS

Discurso

de don Joaquín Walker Martínez

Señoras:

Audacia de mi parte es, indudablemente, que levante mi voz en este acto que congrega a damas tan distinguidas. Hásé enriquecido ella en las ásperas batallas de la vida pública, y carece, por consiguiente, de notas suaves, únicas dignas de los delicados oídos que me escuchan.

Pero, sírvame de disculpa la circunstancia de que me encuentro aquí en obedecimiento a una invitación, que para mí fué un mandato, de algunas de vosotras. Excúsemelo, todavía el propósito que me mueve al ocupar esta tribuna. No subo a ella con la pretensión de deleitaros; aspiro tan sólo a rendiros, respetuosamente, el homenaje de mis más sinceros parabienes, porque entráis a escoger valientemente vuestras posiciones para apercibiros a la defensa de los intereses sociales, que a mi juicio imponen a las mujeres obligaciones tan serias como las que pesan sobre los hombres.

La diferencia de nuestros respectivos roles se basa únicamente en la elección de terreno en que a las unas y a los otros corresponde obrar. Dilatado es el campo de la labor del hombre; pero la esfera de acción de la mujer es no menos amplia, y ofrece, en los días que alcanzamos, perspectivas que se extienden más allá del horizonte que en otros tiempos y con otras costumbres, divisaron las madres de anteriores generaciones.

Cada vez que yo oigo hablar de los deberes religiosos como de la única y peculiar obligación moral de la mujer, me pregunto: y los hombres, no tienen alma? De idéntica manera, cuando veo atribuir al sexo a que pertenezco toda la tarea que exige la conservación del orden social, me digo: y las mujeres, ¿no son seres inteligentes a quienes afectan por igual las desgracias y los trastornos, y los vicios y las calamidades de nuestra comunidad? y en uno y otro caso llego a la conclusión de que los hombres deben preocuparse también de la vida ulterior, y las mujeres consagrarse algún mayor celo a la presente.

Pero, entendedme bien para que no recibáis mis palabras con anticipada desconfianza: esto no importa decir que se anida en mi mente la idea de que las mujeres de mi patria vayan a absorberse por completo en las cavilaciones penosas de un feminismo que están exacerbando las de otros países.

La débil complejión física de la mujer, la exquisita sensibilidad de su alma, la impresionabilidad de su espíritu, y la ternura de su corazón, y, sobre todo, los gritos con que la naturaleza la llama, en cada una de las faces de su vida, a consagrarse abnegada a sus amores filiales, conyugales o maternales, rechazan, a mi juicio, como una fatal utopía, el feminismo político.

Si la mujer va a los congresos a dictar leyes y a los tribunales a aplicarlas, ¿podrá excusarse de prestarle su sanción? Y ésta, ¿no se ejerce por medio de la coacción y la fuerza? Entonces, junto a la mujer legislador y magistrado, surgirá la mujer alguacil, polizonte o soldado!

Y lo dicho basta para dejar establecido que no aspiro yo ver a la hermosa y gentil dama chilena, con sable al cinto o carabina a la espalda.

Pero hay un feminismo que se ajusta a la razón; que no contraría sino que secunda las leyes de la naturaleza; que armoniza lógicamente las cualidades innatas y los deberes trascendentales de la mujer, y que, todavía, justificado está por la historia de los tiempos consagrado ha sido por la redención cristiana, y necesario más que nunca es, distinguidas damas que me escucháis, en esta época en que

os ha correspondido ejercer justificada influencia sobre nuestra sociedad.

De más está decirlo, porque ya me habréis comprendido; me refiero al feminismo moral y social.

La influencia moral del bello sexo es un hecho que la civilización actual no permite ya ni discutir. La extensión del cultivo de las inteligencias, ha reducido al mismo tiempo a pueriles prejuicios, hijos de la vanidad masculina de épocas que pasaron para no volver, las pretendidas diferencias de capacidad intelectual. Ahora bien, si la mujer dispone de esa influencia, que es una fuerza, y de los medios de emplearla útil, ilustrada, culta y sagazmente, ¿no tendrá derecho a contribuir al progreso de una sociedad cuya división en sexos nos señala dominios distintos pero fines comunes?

Y si ella ve amenazada en cualquier forma, mediata o inmediata, su obra esencial; aquella obra que el hombre no pudo disputarle ni aún en los tiempos bárbaros en que se constituyera en tirano doméstico; aquella obra que motiva sus incesantes y sagrados desvelos para formar hijas puras y virtuosos hijos, ¿no se convertirá ese derecho en un deber, y en un deber ineludible, que la conciencia le impone, que la naturaleza le exige, y que Dios le prescribe?

Templo, altar y cátedra de la mujer es el hogar. Allí graba en la tierna inteligencia del niño las primeras nociones de su excelsa condición espiritual; allí, elevando a Dios sus proces, deposita la simiente de principios que las contradicciones del pensamiento humano pueden borrar como doctrina religiosa, pero que jamás se extinguirán como guía moral de los corazones que palpitán al recuerdo de una madre; allí enseña a distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo que es digno de respeto y merecedor de desprecio, lo que ha de hacerse por consideración a los demás y lo que no debe hacerse por respeto propio, base, esta última, de la probidad y rectitud de los caracteres.

Pero la labor del hogar es apenas la primera parte de la que ha de realizar una madre para cumplir su misión sacrosanta. La segunda parte, la más difícil, es aquella en que sus hijos entran en contacto con el mundo exterior, y le será tanto más difícil y penosa, cuanto más olvidadas estén a su alrededor las nociones de moral pública.

Sois las madres como los artistas que modelan en blanca arcilla la estatua que encarna su amor y orgullo creadores; pero, como las de aquéllos, vuestras creaciones han de recibir su posterior consistencia en estufas de un calor suave y progresivo. El fuego violento quebra la arcilla; el prematuro despertar de las pasiones derrite las alas del ángel inocente.

Un pensador de otra época atribuyó a las mujeres toda la responsabilidad de cuanto toca de cerca al género humano, porque ellas, como almas del hogar, podían decidir, según la educación que dieren a su familia, del predominio de las buenas o las malas costumbres; mas, si aquel pensador se levantara de su tumba y viniera a repetiros lo mismo, podríais observarle: ¿qué consistencia tendrá nuestra acción educadora si los maestros no la secundan; si la prensa, que penetra por todas partes hace novela de los escándalos y héroes de los patibularios; si los escaparates del comercio son museos pornográficos; si los espectáculos teatrales convierten en cátedras del grosero naturalismo; si el vicio insolente se exhibe en los paseos públicos; si la sociedad, en suma, no coopera a su propia defensa, defendiendo el decoro y la pureza de costumbres?

Y, seguramente, el esclarecido filósofo, encontrándos razón, os respondería: puesto que esas son las condiciones de este siglo, traspassad los umbrales de vuestros hogares e id a luchar en pro de la moralidad social.

Sí; cada época tiene sus necesidades e impone distintos deberes, privados o públicos, y el de la mujer de nuestros días está indicado por las zozobras que afligen su corazón de madre...

Para evitar que los pedazos de su alma, al dejar el seguro puerto de la infancia y navegar en el mar de la vida, sean arrastrados por corrientes desquiciadoras o estrellados contra los escollos de una licencia general de costumbres, obligada está a hacerse atender y respetar, con la misma justificación con que los hombres salvaguardiamos nuestras garantías civiles o políticas.

Pero mi tesis sobre el feminismo no ha menester de demostración en este momento. La han comprendido de idéntica manera las animosas señoritas que tuvieron la iniciativa de fundar esta liga contra la inmoralidad del teatro; y la comprenden de igual manera las que hoy llegan a engrosar sus filas.

Que no os arredre vuestra ardua labor, y que sea éste un primer paso que os aliente para dar otros igualmente necesarios!

Hoy os preocupan la inmoralidad del teatro sensual y las aberraciones de aquellos biógrafos que día a día se llenan con cabecitas de cuatro o cinco años, cuyos cerebros, antes que por las letras del silabario, excitados son por las escenas de celos y riñas conyugales; pero, ¿no extendereis mañana vuestra acción benéfica por otros rumbos, entre los cuales se divide el juego que deshonra familias y el alcoholismo que mata a nuestro pueblo y asciende ya triunfante los peldaños de la escala social?

A las mujeres de los Estados Unidos se deben las leyes restrictivas de la plaga que azota más rudamente a todas las razas. Ellas han obtenido de las legislaturas de cuarenta o más Estados la clausura dominical de las tabernas; ellas consiguieron, en la misma extensión, penalidades contra quien venda un sorbo de alcohol al menor de 16 años; a ellas se debe que su sexo sea apartado de los mostradores en que la embriaguez provoca las ofensas al pudor.

Ya véis, distinguidas matronas de mi patria, que es vasto el programa que se ofrece a la acción del feminismo social. Cuanto hágais por la moralidad pública para defender la moralidad doméstica, redundará, además, en beneficio de la República.

No olvidéis que la romana Cornelia, que mostraba a sus dos hijos como sus únicas joyas, porque los había criado, no sólo físicamente robustos sino moralmente virtuosos, dió a su patria, con ellos, grandes tribunos que fueron precursores de la causa de la libertad y que forman con su discreta madre un trío glorioso en la historia de la humanidad.

Vuestras armas serán las más nobles: la propaganda, el consejo, la persuasión, el ejemplo y aquella influencia que entusiasmaba a Tocqueville hasta hacerle exclamar que a la mujer deben las naciones cierto temperamento moral, aún en la política, porque hombres débiles y exentos de virtudes cívicas, las adquieren cuando tienen a su lado compañera que les vigoriza indirecta pero sagaz y discretamente.

Esgrimid, respetables damas de Santiago, estas nobles armas en uso de vuestro derecho, en cumplimiento de nuestro deber y en servicio de vuestra patria.

Don Joaquín Díaz Garcés

«Señoras:

El emperador de Alemania ha dicho en cierta ocasión que la mujer debía circunscribir su influencia a la Iglesia, a la cocina y los hijos, regla que se ha llamado de las tres K, por la letra inicial con que cada una de estas tres palabras comienzan en alemán (*Kirche, Küche, Kinder*). Ya Confucio había querido sintetizar la supuesta inferioridad femenina en la regla inmutable de las tres obediencias de la mujer soltera a su padre, esposa al marido, viuda al mayor de sus hijos. Por un camino opuesto, la revolución social moderna quiere romper todos los lazos que han hecho de la mujer la base de la familia y de la familia la base de la moral social, relajar el matrimonio, exaltar el triunfo de la pasión sobre el deber, hacer abandonar los hijos al Estado que se conver-

tiría así en una gran incubadora artificial. Las señoritas cristianas no tienen necesidad de largas disertaciones para conocer su camino. Desde su infancia han visto ese sendero iluminado por el sol de la fe, donde una mujer vestida de blanco y azul corre por sobre las flores o las espinas llevando un niño en los brazos o el corazón atravesado por siete espadas. Es la consoladora de los afligidos que han invocado durante siglos todos los que han amado, sufrido o esperado sobre la tierra. Ella fué virgen, esposa, madre, ejemplar luminoso de la suavidad y de la dulzura, de la actividad del amor y de la caridad femeninas. Las mujeres cristianas han seguido ese sendero, han tocado la orla ondulante de su vestido, y en el rincón del hogar han repetido cada día la eterna y poética invocación: «mater admirabilis, rosa mística, stella matutina, salus infirmorum, ora pro nobis». Para ellas, ni la estrechez del círculo trazado por las tres palabras del Kaiser, ni la eterna obediencia de que habla el filósofo chino, significan otra cosa que débiles y mezquinas palabras para explicar lo que sólo es comparable al rayo del sol: la acción inteligente de la mujer en la sociedad. Ella sale de la cocina que habla sólo de la materia, traspasa aún el campo de la iglesia que no puede seguirla en su delicada labor en el hogar y en el mundo, parte con los hijos en sus brazos, porque jamás abandona esta carga que nunca ha encontrado pesada, y prescinde de esas obediencias estrechas cuando se siente amenazada, porque obra en nombre del amor, y el amor va hasta la abnegación, hasta el sacrificio, hasta la muerte!

La defensa del hogar, he ahí el programa de la acción femenina en todo el mundo. «Por donde quiera que vaya una verdadera esposa —ha dicho el célebre Ruskin,— el hogar, se transporta con ella. Poco importa que sobre su cabeza no brillen sino las estrellas, y a sus pies, por toda llama, en el césped humedecido por la noche, luzca una sola luciérnaga. El hogar está con ella y va donde se translade, y si es una noble señora, se extenderá aún más lejos al rededor de ella, desparpamando una luz tibia y tranquila sobre aquellos que ya no lo tienen».

El escritor inglés llama en otro libro a las mujeres cristianas que hacen el bien, *principes de la paz*, y dice que no basta que no destruyan las flores donde colocan su pie, sino que deben aún reanimarlas y que, a su paso, deben levantarse todas las caídas. Nosotros sabemos bien lo que hacen en nuestra ciudad las señoritas congregadas en esta sala, dan limosna a muchos de los que la necesitan, remedio a los que sufren, consejo a los que van desorientados, asistencia a los hogares mal constituidos. Conocemos la acción de la Hermandad de Dolores, fundada por los padres de la Patria, de las conferencias de San Vicente, de los asilos maternales y crèches, de los refugios y dispensarios, de la Sociedad de San Francisco de Regis, y tantas otras; pero se nos presenta ahora una forma nueva de la asociación de las mujeres de la clase dirigente, una acción de defensa social, una liga contra la licencia en el teatro, que será extendida más tarde al libro y a la imagen. Y, en esta materia, nada es más respetable que la acción de las madres, porque defienden a sus hijos del contagio, a su hogar de la mala influencia de una propaganda disolvente, a su país del microbio revolucionario que amenaza destruir toda grandeza y patriotismo.

Es perfectamente inútil negar que el teatro moderno, salvo las excepciones de uno que otro autor personal que hace camino solitario, ha tomado un rumbo pernicioso que el público honrado condena los mismo en Londres que en París, lo mismo en Berlín que en Sud-América. Pero mucho menor ha sido la condenación en estas tierras, porque todo lo que viene del centro latino, de la Ville Lumière, merece un respeto ciego, sin examen de los elementos variados que allí forman las reputaciones y levantan los éxitos teatrales. He citado ya en varias ocasiones al ocuparme del proyecto de la liga de censura teatral, de la

opinión de M. Doumic, que habla desde una independiente y autorizada tribuna en la *Revue des Deux Mondes*. Una vez más quiero aludir con la mayor brevedad posible a lo que éí dije hace menos de un año, en doce extensas páginas de esa publicación. No puede atribuirse ni a Porto-Riche, ni a Bataille, ni a Berstein, cuyas piezas, *Le Vieil Home*, *L'enfant de l'amour et Après Moi*, son los tipos del teatro inmoral y desagradable del día, la culpa de esta caída de la escena moderna en lo repugnante. La evolución en el teatro, como en cualquier otro género literario, es lenta y se hace por grados apenas perceptibles. Sujetos, medios, sentimientos, acción dramática y diálogos, todo lleva hoy día la misma marca de una brutalidad intolerable. Por esto venía produciéndose desde algún tiempo y ha llegado a formar una moda verdadera, contra la cual se alza hoy día una protesta indignada. Aún juzgando las piezas escritas expresamente para las familias, puede suponerse todo lo que contendrán de osado y crudo las otras que no se les recomiendan. Hasta los autores que no habían simpatizado jamás con esta escuela, han tratado de vencer sus naturalezas bien equilibradas para seguir el cortejo de los audaces.

«Nosotros no pretendemos», dice el avisado crítico, que la comedia nos dé una imagen idealizada y embellecida de la sociedad. Sabemos bien toda la simpleza que importa un optimismo de esta clase; para concebir de la humanidad tan alta idea basta no haber mirado en torno suyo o no conocerse a sí mismo. Pero a todo aquel que declare que tiene el proyecto de pintar hombres, les exigiremos representarlos como son y decir la verdad. Ahora bien, es una viliana idea la de querer personificar toda una sociedad, por más corrompida que pueda imaginársela en un montón de canallas. La mayor parte de los hombres son mediocres en el mal como en el bien: débiles de voluntad, dependientes de las circunstancias y del medio, no se les puede exigir demasiado heroísmo, pero, a manera de compensación, hay que creer que retrocederán también ante determinadas infamias. En medio de esta masa neutra e indiferente, hay algunos seres no de excepción, sino de selección, que por la nobleza de su alma, la pureza de sus sentimientos, por su rectitud inalterable y el poder de su abnegación, alegan en favor de la humanidad. Ellos prueban el bien viviéndolo y la virtud practicándola. Casi todos los hombres tenemos cerca de nosotros algunos de esos seres: una esposa, una madre, un padre, un hijo? Hay probabilidades de que sea una mujer más bien que un hombre; y un joven o un anciano más que el hombre en el período de la actividad intensa que lo es también del egoísmo».

Pues bien, los personajes del drama a la moda son todos igualmente despreciables. Son capaces de las peores abominaciones sin remordimientos, de las vilezas más grandes sin vergüenza ni turbación alguna, de la negación de todo lo honorable con una sonrisa cínica en los labios fríos. El padre y el abuelo en el drama del día han sido generalmente dos depravados, el hijo o el nieto que conoce toda la historia escandalosa de sus predecesores en la vida, llevan el mismo camino y han de aventajarlos por la ley del progreso. Si aquellos, por casualidad o por capricho del autor, no han sido libertinos, están animados, por lo menos, de una pasión tan inmoderada por el dinero, que se convirtieron en estafadores o captadores de herencias. La mujer, al levantarse el telón, dice Doumic, todavía es irreprochable; saludemos su honradez porque no volveremos a verla. No puedo seguir estas observaciones de detalle porque son naturalmente, crudas; pero básteme recordar en apoyo de estas mismas afirmaciones una pieza que ha tenido general éxito y que refleja esta influencia del teatro en la moda actual del vicio. *Le gout du vice*, de Lavedan. Como creo haberla leído con seriedad y oído con creciente interés a sus mismos creadores en la escena, puedo asegurar que es ella el reconocimiento más elocuente de la plaga señalada por el crítico ya citado. Una niña se deja

arrastrar por la corriente de moda, se finge audaz en sus actos, en sus palabras, en sus lecturas, y busca como marido al autor más escandaloso del día. Este acepta la mujer que le depara la suerte, como un sujeto de examen, no sin cierta inquietud. Pero luego vienen las mutuas sorpresas: ella lee bajo la cubierta de libros pornográficos las más inocentes y cristianas obras, rechaza los avances de los engañados por su apariencia y llama al guardián de su nombre y de su honra; él es un comerciante que hace teatro escandaloso porque se lo pagan bien; pero que entiende no dejar entrar en su hogar nada de lo que se permite enseñar a los demás. Ambos han sentido esta atracción de la corriente turbia de la alcantarilla social, pero ninguno ha bañado su alma en las mal olientes aguas.

El teatro muestra solamente los cuadros; pero con todas las seducciones del arte de la decoración, de la moda, del lenguaje y del gesto. El propagandista revolucionario que reconoce esa sociedad por fuera, deduce sombríamente las consecuencias obscuras de su sistema. Es conveniente oír cuáles son las que tiene en este estudio embuster de una humanidad que él falsifica para tener el derecho de maldecir. Sebastián Faure proclama la revuelta contra la familia en *La Douleur Universelle*, y dice que el individuo no sale de una prisión sino para entrar en otra. No se desembaraza de los vínculos de sus padres sino para caer bajo el yugo conyugal. La institución de la familia opriime al ser en todos los períodos de la existencia: «Ella lo espía en las entrañas de la madre, espera su primer llanto, lo persigue en la cuna, en la escuela, en el colegio, durante su juventud, su madurez, su ancianidad sin abandonarlo hasta la tumba». La casa paternal es una escuela de servidumbre y de hipocresía. Es allí donde el cerebro del hombre se rinde a los «respetos ridículos» y a las «veneraciones grotescas».

M. Charles Turgeon, catedrático de economía y de derecho en la Universidad de Rennes, en una obra coronada por la Academia Francesa, supone que una Madre, al ver esta obra demolidora de los hogares, ha de exclamar al separar las blancas cortinas donde duerme su hijo: «Nosotros vivimos para amarte, para ayudarte, para hacer tu felicidad. Yo que te hablo, daría toda mi sangre para ahorrarte una lágrima. Porque tú eres mi obra maestra, la carne de mi carne, la sangre de mi sangre. ¿Quién osará atravesarse entre tu padre y yo para mancharte el alma? Tú no eres un tesoro abandonado por azar en la orilla de un camino; una cosa sin dueño que puede tomar el primero que pase. Nosotros hemos puesto en ti toda nuestra complacencia, nuestro orgullo, nuestra esperanza. Si la patria te pide tu sangre, yo espero que, ya hombre, se la darás sin vacilar; pero si la sociedad revolucionaria, esta madrastra anónima con su seno estéril y venenoso, quiere tocar con mano impura tu hermosa frente de adolescente, toda mi sangre gritará contra ella: «Mi niño no es un huérfano. Yo soy su madre. ¡Yo lo guardo!»

Estos sentimientos del alma han movido a las madres conscientes de sus deberes, en el mundo y en la sociedad, a vigilar el teatro y el libro. Tienen derecho para hacerlo. Tienen el deber de hacerlo. Abrámosles calle!

Montevideo, esa joya engastada en el Atlántico y avanzada como un faro hacia los barcos que llegan de Europa, ha sido en Sud-América la cuna de la Liga de damas católicas con un fin de activa acción moral en el teatro. Hace cinco años, cuando nadie protestaba aún entre nosotros contra la imposición del teatro escandaloso, dos aristocráticas señoritas uruguayanas, doña María García Lagos de Hugas y doña Luisa Carreras de Bastos, comenzaron a ocuparse de la organización de una liga de censura teatral. En una atmósfera menos propicia que la nuestra para hacer obra francamente cristiana y católica, las protestas no tardaron en surgir de todas partes. Hasta la caricatura pretendió lastimar a esas valerosas señoritas y la prensa no retrocedió aún ante la injuria. «Ustedes no mantienen el teatro con sus plumas», decían. «Pero lo mantenemos con nues-

tro dinero», respondían las atacadas. A esta odiosa campaña siguió la amenaza. Los empresarios entregaron a sus abogados una nota de la liga en que ésta decía simplemente que sus miembros habían resuelto quedarse en sus casas cuando las obras puestas en escena fueran inconvenientes y asistir cuando las juzgaran aceptables. Naturalmente los abogados no se encargaron de un pleito absurdo; pero la publicidad de estos hechos hizo acobardar a las más débiles y de seis directoras quedaron solamente tres en la lucha. Esta continuó muy áspera y durante cierto tiempo estéril. Las tres señoritas se asociaron a algunos caballeros, constituyendo un comité muy autorizado y culto que examinaba todas las producciones teatrales y preparaba un índice completo sobre tan difícil materia. En caso de empate se recurrió a don Juan Zorrilla de San Martín, el ilustre autor del *Tabaré*.

De un informe presentado por la señora Carreras de Bastos al *Conseil International des Ligues Catholiques Feminines*, quiero repetir algunas líneas: «Yo tengo el encargo de procurar los libretos y argumentos de las obras, los que juzgo y reparto entre la comisión para que hagan lo mismo. Anoto en un papel los nombres y autores de las piezas, entre seis casillas encabezadas con los apellidos de los seis censores; y cada uno de ellos lee, estudia y clasifica las obras como buenas, regulares o malas, según su criterio personal y sin conocer en absoluto el de los demás. Siempre que discrepamos en nuestros juicios damas y caballeros, discutimos por escrito, defendiendo nuestros dictámenes, y los ataques y defensas son leídos por la comisión; produciéndose a veces interesantes litigios sobre si las obras han sido juzgadas con mucha severidad. Con este procedimiento se consigue que la censura sea hecha a conciencia. Cuando a juicio de la mayoría una obra ha sido tachada, al subir al cartel mando a un diario amigo un aviso en los siguientes términos: «La comisión de censura reatral de la Liga de damas católicas del Uruguay, avisa a las personas interesadas que la obra que se anuncia para esta noche en el teatro... es inconveniente». Este cliché produce en el teatro el vacío».

«Son innumerables las consultas que recibimos cuando se pone en escena una obra desconocida. Desde la víspera andan en movimiento teléfonos, mensajeros y sirvientes, y son muchas las damas que, si saben que la pieza es sólo regular, ya no van al teatro».

Es así como la Liga Teatral de Montevideo se ha adueñado del campo. Ya no son sólo las damas católicas sus adherentes, sino también muchas señoritas protestantes o liberales que no quieren ser menos delicadas en asuntos de moral y que dicen, con razón, que toda mujer honrada, cualquiera que sea su credo religioso, no debe tolerar que le falten al respeto debido sobre las tablas. De todas partes del mundo la liga uruguaya recibe obras, argumentos, libretos para que sean oportunamente examinados. Su obra fué aplaudida en el Congreso de Bruselas y está confederada ahora en la Liga Internacional que acaba de celebrar su congreso en Madrid. El índice de las obras examinadas por la misma liga uruguaya que abarca toda la escena del mundo, incluso el teatro dialectal, constará de 3,000 clasificaciones.

«Cuando un drama es inmoral,—dice la señora de Bastos,—para presentar al fin un cuadro de sincero arrepentimiento, o una moraleja; siempre que no tenga escenas desnudas, lo clasificamos de regular y pasa. Hay muchas obras que, sin ser morales, no son del todo malas porque tienen buenas tendencias o defienden nobles tesis; éstas tampoco se tachan. Una severidad radical en los juicios hubiera hecho fracasar la empresa por muy hermosa que fuera. Bajo nuestro fallo no caen las obras inofensivas; sólo las perniciosas y las verdaderamente innobles que conmueven las bases de la familia, son clasificadas de malas. Lo que deseamos es desterrar la brutalidad de la audacia en la escena; nuestro papeles no transigir con lo repugnante, moralizando en lo posible el teatro contemporáneo, tan inmoral desde que se

anuló la censura en algunos centros europeos».

Y en realidad, la liga de Montevideo ha probado que no era contra el teatro ni contra el arte su campaña, sino contra la obra demolerdora de la escena en decadencia.

La Liga de Señoras contra la licencia teatral de Santiago que se reúne hoy día por primera vez en sesión plena, ha venido entre nosotros, naturalmente, como una flor en su estación. En todos los terrenos de nuestra vida nacional se ha podido notar una ansiedad de progreso moral, de mejorar ciertas costumbres, de reparar negligencias seculares, de emprender patrióticamente la obra de regeneración y educación de nuestro pueblo y hasta la reforma y depuración de nuestros hábitos de gobierno. Vino primero la campaña en favor de la habitación obrera salubre y a bajo precio, siguieron las asociaciones contra el alcoholismo y la tuberculosis, ha venido más tarde el movimiento de reforma municipal, la agrupación para mantener fresco el recuerdo de las glorias nacionales en las generaciones jóvenes, la liga cívica para establecer un programa patriótico que pueda servir de concordia a todos los chilenos de buena voluntad y de recta intención. Las señoras de Santiago, ocupadas en el fecundo pero silencioso campo de la caridad o absorbidas por las tareas materiales del hogar, han creído que había llegado para ellas también la hora de la acción pública en un terreno para el cual su misión es una verdadera vocación y un deber: la defensa del hogar.

Señoras: el hogar es un asilo. El hombre puede en la lucha con la vida, cometer errores, dejarse llevar por la ambición desenfrenada, sufrir fracasos graves en los negocios, recibir heridas en el cuerpo y en el espíritu; pero pasando el umbral de su casa encontrará el silencio, la paz, la armonía, el escudo que proteja su honra, las manos que venden sus heridas, las palabras que excusen sus errores, la sonrisa que perdona sus fracasos. El hogar no es sólo un asilo contra el mal, sino también contra las dudas, las querellas, las divisiones. «Pero si las luchas de la vida exterior penetran en su círculo,—dice un gran pensador,—si los indiferentes, los desconocidos, si aquellos cuyo corazón es ligero o su espíritu hostil, traspasan su puerta con la tolerancia del marido o de la mujer, ese rincón ha dejado de ser un hogar. No será sino un pedazo del mundo exterior sobre el cual se ha puesto un techo provisario y se ha encendido un fuego de pasaje!»

Y el teatro, el libro, donde el talento crea-

dor de ese autor se ha complacido no en vuestro rincón honorable y sereno, sino en el cuadro repugnante de la morgue social, en las revelaciones crueles de la mesa de autopsia, donde se destrozan organismos anormales, ¿son las visitas que tienen derecho de colgarse entre vosotras y vuestros maridos e hijos, bajo la luz tibia de la lámpara hospitalaria, a enseñarles que el hogar es un centro de esclavitud y de hipocresía, que el deber es una cadena, la pasión un culto, los remordimientos un fantasma que se disipa ante el libre placer?

Para evitar estas visitas se ha formado la Liga Teatral de Señoras. Antes de comenzar sus tareas mereció ya la sonrisa y hasta el ataque de algunos. Entre tanto, ella ejerce un derecho que nadie puede discutir. El que paga es juez único para aceptar o rechazar la mercadería que se le ofrece. El que va a servirse de los alimentos malsanos es quien tiene derecho sagrado para exigir que se les examine e inutilice. Quienes sostienen el teatro con su dinero, con el brillo que da a sus veladas la sola presencia de su belleza plástica y de su gracia espiritual; quienes por su distinción de espíritu tienen un criterio más exigente y delicado en materia de buen gusto y de lenguaje, son las que toman la tarea de asistir o abstenerse de hacerlo, a aquellas piezas que, examinadas previamente, han sido condenadas con justos motivos.

Hay que notar que esas protestas que no han tenido desarrollo ni eco alguno, fueron en parte movidas por hombres que tienen mujeres y hogar; pero que por impedir, siguiendo una rutina musulmana y española, la intrusión de mujeres en «cosas de hombres», pretendieron alejar a las suyas de esta obra patriótica y exclusivamente femenina. Esto me hace recordar una exclamación del vicario general de Orleans que en uno de sus libros dice: «Lo que me sorprende más es la aberración increíble de esos señores que llevan por fuerza a sus mujeres al teatro. ¿Qué hacen, en efecto, la mayor parte de las comedias y dramas del día, sino hacer desfilar a infelices maridos engañados y burlados, maridos simples y crédulos, puestos en ridículo, víctima de manifestaciones hipócritas, de fingidas ternuras o de estratagemas grotescas que hacen reír a costa de todo el honorable gremio?»

Pero la Liga Teatral de las Señoras de Santiago ha vencido ya estas primeras desconfianzas y se apresta a atacar las verdaderas dificultades del comienzo.

Entrando ya de lleno al cumplimiento de

su programa acaba de elegir un directorio compuesto de las señoras: Presidenta, Amalia Errázuriz de Subercaseaux; consejeras, señoras, María Luisa Mac-Clure de Edwards, Juana Solar de Domínguez, Elena Roberts de Correa, Rita Larraín de Ortíz, Amelia Echarre de Errázuriz, Mercedes Correa de Echenique, Juana Ossa de Valdés, Virginia Stevenson de Silva, Marta Aldunate de Subercaseaux y María Carmela Blanco de Vergara. Junta de Censura Teatral: señoras Ana Luisa Ortíz de Valdés, Elena Calvo de Bulnes, Sofía Linares de Walker, Rosa Puelma de Rodríguez, las cuales han obtenido la colaboración de los señores: Francisco Concha Castillo, Ismael Valdés Vergara, Ramón Subercaseaux y Antonio Huneeus. Secretarias: Adela Edwards de Salas, Amelia Fernández de Undurraga y Rosa Figueroa de Echeverría. Tesoreras: Lucía Solar de Fernández y señorita Fidela Salas Ovalle.

El programa de la Liga es el siguiente: las obras sujetas al examen de su comisión serán clasificadas de buenas, regulares o inconvenientes, después de atento estudio. Sólo en este último caso, es decir cuando la obra es declarada inconveniente, las señoras adherentes a la Liga deberán abstenerse de asistir a su representación. El calificativo de regular quiere decir que se deja al criterio y conciencia de cada cual si se asiste o no al teatro, entendiéndose que la obra no es en ningún caso apropiada para niñas jóvenes. Desde luego la Liga desea comunicar a las señoras presentes que ha declarado inconveniente la opereta que sube esta noche al Teatro Municipal y que se llama la Casta Susana. Por falta de tiempo no ha podido colocar los avisos en la prensa.

Nadie duda de que el éxito va a acompañar los trabajos de la Liga. La mujer es una admirable propagandista porque tienen la facultad de cambiar toda idea en sentimiento. Se habla de su incertidumbre sin pensar que es ésta una acusación de las obras escritas y pensadas por los hombres y que en ningún libro escrito por mujer deja de achacarse este mismo defecto al sexo opuesto. Se dice también de la movilidad de su alma; pero ella, como alguien lo ha insinuado, no es la movilidad de la pluma al viento que repite la romanza popular de Verdi, sino esa extraordinaria movilidad de la luz que cambia hasta el infinito y tiene todos los colores y todos los encantos de la aurora al crepúsculo.



IMPRENTA Y ENCUADERNACION LOURDES

Calle Gálvez 750, esq. Diez de Julio

Teléfono Inglés, 1510

-:-

Santiago de Chile

-:-

Casilla, 807



Fábrica de libros en blanco y de toda clase de rayados

ENCUADERNACIONES ORDINARIAS Y DE LUJO

CON PRONTITUD Y ECONOMÍA SE ENCARGA DE LA IMPRESIÓN DE OBRAS DE TEXTO, MEMORIAS, FOLLETOS, PROSPECTOS, PERIÓDICOS, ETC.